

Del mismo autor
en Taurus

Conocimiento e interés.
La reconstrucción del materialismo histórico.
Perfiles filosófico-políticos.
Teoría de la acción comunicativa, I.
Teoría de la acción comunicativa, II.
El discurso filosófico de la modernidad.

Jürgen Habermas

Pensamiento postmetafísico

Versión castellana
de Manuel Jiménez Redondo



Taurus Humanidades

MÉXICO

Título original:
Nachmetaphysisches Denken
 © 1988, Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main
 ISBN 3-518-57930-4

© De la traducción: Manuel Jiménez Redondo
 © 1990, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
 Juan Bravo 38, 28006 Madrid, tel. 578 3159
 ISBN 84-306-1300-5

Diseño: Zimmermann Asociados, S.L.

De esta edición:
 D.R. © 1990, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de C.V.
 Av. Universidad 767, Col. del Valle
 03100, México D.F. Tel. 688 8966

Primera edición en México: diciembre de 1990.

ISBN 968-6026-33-9

Todos los derechos reservados.
 Esta publicación no puede ser reproducida,
 ni en todo ni en parte,
 ni registrada en, o transmitida por,
 un sistema de recuperación de información,
 en ninguna forma ni por ningún medio,
 sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético,
 electroóptico, por fotocopia o cualquier otro,
 sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Impreso en México

Índice

PREFACIO	9
I. ¿RETORNO A LA METAFÍSICA?	11
1. El horizonte de la modernidad se desplaza	13
2. Metafísica después de Kant	20
3. Motivos del pensamiento postmetafísico	38
II. GIRO PRAGMÁTICO	65
4. Acciones, actos de habla, interacciones lingüísticamente mediadas y mundo de la vida	67
5. Crítica de la teoría del significado	108
6. Observaciones sobre <i>Meaning, Communication and Representation</i> de John Searle	138
III. ENTRE METAFÍSICA Y CRÍTICA DE LA RAZÓN	153
7. La Unidad de la razón en la multiplicidad de sus voces	155
8. Individuación por vía de socialización. Sobre la teoría de la subjetividad de George Herbert Meade	188
9. ¿Filosofía y Ciencia como Literatura?	240
APÉNDICE	261
10. ¿Retorno a la metafísica? Una recensión	263

4. Acciones, actos de habla, interacciones lingüísticamente mediadas y mundo de la vida

I

Las múltiples y diversas conexiones entre acción y lenguaje, entre actuar y hablar, pueden desarrollarse sin perder de vista el conjunto si partimos de los ejemplos más sencillos y claros posibles¹. «Actuar» lo ejemplifico en acciones cotidianas o manuales como correr, entregar algo a alguien, martillar o serrar; «hablar», en actos de habla como mandatos, confesiones y constataciones. En ambos casos cabe hablar de «acciones» en un sentido lato. Pero, para no borrar las diferencias que aquí me importan, elijo de antemano dos distintos modelos de descripción. Las acciones en sentido estricto, en el caso ejemplar acciones no lingüísticas sencillas del tipo mencionado, las describo como actividades teleológicas con que un actor interviene en el mundo, para realizar mediante la elección y utilización de los medios apropiados los fines que se propone. Las manifestaciones lingüísticas las describo como actos con los que un hablante puede entenderse con otro acerca de algo en el mundo. Estas descripciones puedo hacerlas desde la perspectiva del agente, es decir, desde la perspectiva de la primera persona. Con ellas contrastan las descripciones hechas desde la perspectiva de una tercera persona que observa cómo un actor por medio de una actividad teleológica consigue un fin o cómo mediante un acto de habla se entiende con alguien acerca de algo. Descripciones desde la perspectiva de la segunda persona siempre son posibles en el caso de actos de

¹ El carácter de esta contribución, que trata de ser un bosquejo de mi enfoque completo de pragmática del lenguaje, explica la renuncia a referencias más detalladas.

habla «me ordenas (me ordena) que arroje el arma»; en el caso de las actividades orientadas a la consecución de un fin, de actividades teleológicas, son posibles cuando éstas están insertas en contextos cooperativos «me entregas (me entrega) el arma».

1. HABLA VERSUS ACCIÓN

Cabe empezar recurriendo a la diferencia entre perspectivas de descripción para explicar por qué los dos mencionados tipos de acciones, las lingüísticas y las no lingüísticas, remiten en cada caso a condiciones específicas de comprensión. Cuando *observo* que un amigo pasa corriendo por la acera de enfrente, puedo identificar ciertamente ese ir corriendo como una acción. Para no pocos propósitos la oración «Va corriendo por la calle» puede bastar también como descripción de la acción; pues con ella atribuimos al actor la intención de alcanzar cuanto antes un lugar situado en alguna parte de la calle. Pero esa intención no podemos *obtenerla* por observación; antes suponemos un contexto general que nos autoriza a sospechar tal intención. Pero aun entonces permanece la acción peculiarmente necesitada de interpretación; pues puede ser que nuestro amigo no quiera perder el tren; que no quiera llegar tarde a clase o que quiera llegar con puntualidad a una cita; también puede ser que se sienta perseguido y huya, que haya escapado de un atentado y corra despavorido, que por otras razones haya sido presa del pánico y corra sin saber a dónde, etc. Desde la perspectiva del observador podemos identificar una acción como tal pero no describirla con seguridad como la ejecución de un plan específico de acción; pues para ello tendríamos que conocer la correspondiente intención de la acción. Esta podemos averiguarla por medio de indicadores y atribuírsela hipotéticamente al agente; para asegurarnos de ella tendríamos que poder adoptar la perspectiva del participante. Y la actividad no lingüística en modo alguno ofrece de por sí tal posibilidad de penetración: esa actividad no se da *por sí misma* a conocer como la acción que es en los planes del agente. Los actos de habla, en cambio, cumplen precisamente esta condición.

Cuando entiendo la orden que mi amiga me da (o le da a otro) de que tire (o de que el otro tire) el arma, entonces sé con bastante exactitud qué acción ha ejecutado: ha expresado esa determinada orden. Esta acción no queda necesitada de interpretación en el mismo sentido que el apresurado andar de mi amigo

que pasa corriendo. Pues en el caso estándar de significado literal un acto de habla da a conocer la intención del hablante; un oyente puede saber por el contenido semántico de la emisión cómo se está empleando la oración emitida, es decir, qué tipo de acción se está ejecutando con ella. Los actos de habla se interpretan a sí mismos; pues tienen una estructura autorreferencial. El componente ilocucionario fija, a modo de un comentario pragmático, el sentido en que se está empleando lo que se dice. La idea de Austin de que hacemos algo diciendo algo tiene un reverso: al ejecutar un acto de habla se dice también qué se hace. Mas este sentido realizativo de un acto de habla sólo se abre a un oyente potencial que haya abandonado la perspectiva del observador para sustituirla por la del participante. Hay que hablar la misma lengua y, por así decirlo, entrar en el mundo de la vida intersubjetivamente compartido de una comunidad de lenguaje para sacar provecho de esta peculiar reflexividad del lenguaje natural y apoyar la descripción de una acción ejecutada con palabras en la comprensión del comentario que implícitamente hace de sí ese acto de habla.

Los actos de habla se distinguen de las actividades no verbales sencillas no sólo por este rasgo reflexivo consistente en interpretarse a sí mismos, sino también por el tipo de metas que se pretenden y por la clase de éxitos que pueden alcanzarse hablando. Ciertamente que en un plano general *todas* las acciones, sean lingüísticas o no lingüísticas, pueden entenderse como un hacer enderezado a la consecución de fines. Pero en cuanto tratamos de diferenciar entre *actividad teleológica* y *acción orientada a entenderse*, hemos de tener presente que el juego de lenguaje teleológico en que los actores persiguen fines, logran éxitos y consiguen resultados de su acción, cobra en la teoría del lenguaje un sentido distinto que en la teoría de la acción —los mismos conceptos básicos son interpretados de otra manera—. Para nuestro propósito basta la descripción global de la actividad teleológica como una intervención en el mundo objetivo, enderezada a conseguir una meta, y causalmente eficaz. Al fin seleccionado bajo puntos de vista valorativos corresponde un estado en el mundo al que se trae a existencia mediante la elección y aplicación de los medios que parezcan apropiados. Al plan de acción le subyace, por tanto, una interpretación de la situación, en la que el fin de la acción viene definido *a)* con independencia de los medios que intervienen, *b)* como un estado que hay que producir causalmente, *c)* en el mundo objetivo. Es interesante

notar que los actos de habla no pueden subsumirse sin problemas bajo este modelo de la actividad orientada a la realización de un fin; pues, en todo caso, el hablante mismo no puede pretender sus fines ilocucionarios bajo esta descripción (a-c).

Si entendemos los actos de habla como medios concebidos con el fin de entenderse y dividimos el fin general de entenderse en los subfines de que el oyente *comprenda* el significado de lo dicho y de que *acepte* la manifestación o emisión *como válida*, entonces la descripción bajo la que el hablante puede perseguir estos fines no cumple ninguna de las tres condiciones mencionadas.

a) Las metas ilocucionarias no pueden definirse con independencia de los medios lingüísticos empleados para entenderse. Pues las emisiones gramaticales no son del mismo modo instrumentos para entenderse que, por ejemplo, las operaciones de un cocinero medios para producir platos apetitosos. Antes el medio que es el lenguaje natural y el telos de entenderse se interpretan mutuamente —el uno no puede explicarse sin recurrir al otro.

b) El hablante no puede apetecer el fin de entenderse como algo a poner por obra causalmente, porque el éxito ilocucionario (que va más allá del mero entender lo que se dice) depende del asentimiento racionalmente motivado del oyente —el acuerdo lingüístico en el tema de que se trate ha de sellarlo el propio oyente mediante el reconocimiento de una pretensión de validez susceptible de crítica, sin que, por así decir, se le pueda forzar a ello. Los fines ilocucionarios sólo pueden alcanzarse cooperativamente, no están a disposición de los distintos participantes en la comunicación como efectos a generar causalmente. Un hablante no puede imputarse a *sí mismo* un éxito ilocucionario del mismo modo que un agente que actúa con vistas a conseguir un fin puede autoatribuirse el resultado de su intervención en el nexo de los procesos intramundanos.

c) Finalmente, desde la perspectiva de los participantes el proceso de comunicación y el resultado a que ha de conducir no constituyen estados intramundanos. Los actores que actúan con vistas a realizar sus propósitos se salen al paso unos de otros, pese a la libertad efectiva que mutuamente han de imputarse, sólo como entidades en el mundo —no pueden alcanzarse unos a otros de otro modo que como objetos o como oponentes—. Hablante y oyente adoptan, por el contrario, una actitud realiza-

tiva en que se salen al encuentro como miembros del mundo de la vida intersubjetivamente compartido de su comunidad de lenguaje; es decir, no como terceras personas sino como segundas personas. Al entenderse entre sí acerca de algo, las metas ilocucionarias que buscan alcanzar radican, vistas las cosas desde la perspectiva de ellos, allende el mundo al que se refieren en la actitud objetivante de un observador y en el que pueden intervenir con vistas a la ejecución de un propósito. En este sentido mantienen, también entre ellos mismos, una posición trasmundana.

Hasta aquí hemos distinguido los actos de habla de las actividades no lingüísticas simples por dos características: 1) estas acciones que se interpretan a sí mismas presentan una estructura reflexiva; 2) se enderezan a fines ilocucionarios que no tienen el *status* de propósitos a poner por obra dentro del mundo, que no pueden realizarse sin la cooperación y asentimiento no forzados del destinatario y que sólo pueden explicarse recurriendo al concepto de entendimiento, inmanente al propio medio lingüístico. En ambos casos difieren las condiciones de comprensión y los conceptos básicos con que los propios actores podrían describir sus fines. La relativa independencia de los mencionados tipos de acción se confirma asimismo si se atiende a los respectivos criterios de éxito de la acción. Las intervenciones dirigidas a la realización de un fin y los actos de habla cumplen distintas condiciones de racionalidad. La racionalidad tiene menos que ver con la posesión de saber que con el modo como lo emplean sujetos capaces de lenguaje y de acción. Ahora bien, es cierto que tanto las actividades no lingüísticas como los actos de habla incorporan un saber proposicional; pero el tipo de utilización específica de ese saber decide sobre el sentido de la racionalidad por la que se mide el buen o mal suceso de la acción. Si partimos del empleo no comunicativo de saber proposicional en acciones teleológicas, damos con el concepto de racionalidad con arreglo a fines —tal como ha venido siendo elaborado en la teoría de la decisión racional—. Si partimos del empleo comunicativo de saber proposicional en actos de habla damos con el concepto de una racionalidad inherente al entenderse, que puede aclararse en la teoría del significado recurriendo a las condiciones de aceptabilidad de los actos de habla. A este concepto le subyace intuitivamente la experiencia de la fuerza unificadora sin coacción y fundadora de consenso que lleva en su seno el habla argumentativa. Mientras que la racionalidad con arreglo a fines remite a las condiciones

que han de cumplir las intervenciones causalmente eficaces en el mundo de estados de cosas existentes, la racionalidad de los procesos de entendimiento se mide por el plexo que forman las condiciones de validez de los actos de habla, las pretensiones de validez que se entablan con los actos de habla y las razones con que pueden desempeñarse discursivamente tales pretensiones. Las condiciones de racionalidad de los actos de habla logrados tienen otro talle que las condiciones de racionalidad de la actividad teleológica ejercitada con éxito.

Esta observación sólo tiene aquí por fin servir de apoyo a la afirmación de más alcance de que la racionalidad con arreglo a fines y la racionalidad inherente al entendimiento no pueden sustituirse la una por la otra. Bajo estas premisas considero la actividad teleológica y la acción orientada a entenderse como tipos elementales de acción, de los que el uno no puede reducirse al otro. En lo que sigue van a interesarnos, más bien, las conexiones que ambos tipos de acción establecen entre sí en las interacciones lingüísticamente mediadas. De una de esas conexiones surge lo que llamo acción comunicativa.

2. ACCIÓN COMUNICATIVA VERSUS ACCIÓN ESTRATÉGICA

Empleo «acción social» o «interacción» como un concepto complejo que puede analizarse con ayuda de los conceptos elementales de actuar y hablar. En las interacciones lingüísticamente mediadas (y en lo que sigue sólo se habla de ellas), estos dos tipos de acción están enlazados entre sí. Ciertamente que aparecen en constelaciones distintas según que las fuerzas ilocucionarias de los actos de habla adopten un papel coordinador de la acción o los actos de habla queden por su parte subordinados a la dinámica extralingüística de los influjos que los actores tratan de ejercer unos sobre otros con el fin de poner por obra sus propios propósitos —de suerte que las energías específicamente lingüísticas que terminan creando vínculos queden *sin utilizar*.

Una interacción puede entenderse como solución del problema de cómo los planes de acción de varios actores pueden coordinarse entre sí de suerte que las acciones de alter puedan enlazar con las de ego. «Enlaces» sólo significa aquí en una primera aproximación la reducción del espacio de posibilidades electivas que contingentemente se topan unas con otras a unas proporciones que permitan la concatenación radial de temas y acciones en

los espacios sociales y tiempos históricos. Si adoptamos la perspectiva de los participantes, esta necesidad de enlace es ya resultado del propio interés en la persecución de los propios planes de acción. Una acción teleológica puede describirse como realización de un plan, el cual se apoya en la interpretación que de la situación hace el actor. Al ejecutar el actor un plan de acción, domina una situación, siendo tal situación de acción un fragmento del entorno interpretado por el actor. Ese fragmento se constituye a la luz de posibilidades de acción que el actor tiene por relevantes con vistas al logro de un plan. El problema de la coordinación de la acción se plantea en cuanto un actor sólo puede ejecutar su plan de acción interactivamente, es decir, con ayuda de la acción (o de la omisión) de, a lo menos, otro actor. Según sea el modo como los planes y acciones de alter quedan conectados con los planes y acciones de ego, resultan diversos tipos de interacciones lingüísticamente mediadas.

Los tipos de interacción se distinguen ante todo por el mecanismo de coordinación de la acción, y en particular según que el lenguaje natural se utilice sólo como medio en que tiene lugar la transmisión de informaciones o también como fuente de integración social. En el primer caso hablo de acción estratégica, en el segundo de acción comunicativa. Mientras que aquí la fuerza generadora de consenso del *entendimiento* lingüístico, es decir, las energías que el propio lenguaje posee en lo tocante a crear vínculos, se tornan eficaces para la coordinación de la acción, en el caso de la acción estratégica el efecto de coordinación permanece dependiente de un ejercicio de influencias (el cual discurre a través de actividades no lingüísticas) de los actores sobre las situaciones de acción y de los actores unos sobre otros. Vistos desde la perspectiva de los participantes, esos dos mecanismos, es decir, el mecanismo que representa un entendimiento motivador de convicciones y el *influjo* que acaba induciendo a un determinado comportamiento no tienen más remedio que excluirse. Los actos de habla no pueden ejecutarse con la doble intención de alcanzar un acuerdo sobre algo con un destinatario y simultáneamente con la intención de generar algo causalmente en él. Desde la perspectiva de hablantes y oyentes un acuerdo no puede imponerse desde fuera, no puede ser impuesto por una parte a la otra —ya sea interviniendo directamente en la situación de acción, o ejerciendo un influjo indirecto, calculado con vistas al propio éxito de uno, sobre las actitudes proposicionales de un oponente—. Lo que *a todas luces* viene generado por gratificacio-

nes o amenazas, mediante sugerencias o engaños, no puede contar intersubjetivamente como acuerdo; tal intervención viola las condiciones bajo las que las fuerzas ilocucionarias despiertan convicciones y generan «enlaces».

Como la acción comunicativa depende de una utilización del lenguaje orientada al entendimiento, ha de satisfacer condiciones más estrictas. Los actores implicados tratan de sintonizar *cooperativamente* sus planes de acción en el horizonte de un mundo de la vida compartido y sobre la base de interpretaciones comunes de la situación. Están, además, dispuestos a alcanzar esos fines indirectos que son la definición de la situación y la sintonización de fines *a través de procesos de entendimiento* sostenidos en el papel de hablantes y oyentes, es decir, por la vía de una persecución sin reservas de fines ilocucionarios. Ahora bien, por su propia estructura el funcionamiento del entendimiento lingüístico consiste en que los participantes en la interacción se ponen de acuerdo sobre la validez que pretenden para sus actos de habla o, correspondientemente, tienen presente los desacuerdos que constatan. Con los actos de habla se entablan pretensiones de validez susceptible de crítica, que tienen por meta un reconocimiento intersubjetivo. La oferta que un acto de habla comporta cobra la capacidad de establecer vínculos porque el hablante al entablar una pretensión de validez garantiza también, y de forma digna de crédito, que en caso necesario podrá desempeñar también dicha pretensión con la clase correcta de razones. La acción comunicativa se distingue, pues, de la acción estratégica en el respecto de que el buen suceso en la coordinación de la acción no se basa en la racionalidad con respecto a fines de los distintos planes de acción individuales, sino en la fuerza racionalmente motivadora que tienen las operaciones de entendimiento, en una racionalidad, por tanto, que se manifiesta en las condiciones a que está sujeto un acuerdo comunicativamente alcanzado.

Mas las ofertas que comportan los actos de habla sólo pueden desarrollar un efecto coordinador de la acción porque la fuerza de vínculo que posee un acto de habla que el oyente entiende y a la vez acepta se transfiere también a las consecuencias relevantes para la acción, que se siguen del contenido semántico de la emisión, ya sea asimétricamente para el oyente o para el hablante, o simétricamente para ambas partes. Quien acepta un mandato se siente obligado a ejecutarlo; quien acepta una promesa se siente obligado, llegado el momento, a hacer verdad lo prometido; quien acepta una afirmación le da crédito y orien-

tará su comportamiento ateniéndose a ella. La comprensión y aceptación de actos de habla las he subsumido bajo el rótulo de éxitos ilocucionarios; habremos de llamar, pues, «perlocucionarios» a todos los fines y efectos que van más allá de los hasta aquí mencionados. Distinguiré entre efectos perlocucionarios₁, que resultan del significado del acto de habla, y efectos perlocucionarios₂, que no se siguen de lo dicho como resultados gramaticalmente regulados, sino que se producen de forma contingente, aunque condicionada por un éxito ilocucionario: O entiende «éxito ilocucionario₁) y acepta (éxito ilocucionario₂) la exigencia o la invitación de dar a Y algo de dinero. O da a Y «algo de dinero» (éxito perlocucionario₁) y causa contento a la esposa de éste (éxito perlocucionario₂). Esta última clase de efectos gramaticalmente no regulados son, por lo general, un componente público de la situación de acción o, a lo menos, son tales que podrían ser declarados sin que por ello sufriera quebranto el decurso de la acción. Cosa distinta es lo que ocurre cuando con su exigencia o invitación lo que el hablante quiere es hacer que el destinatario, al dar dinero a Y, dé a éste ocasión para preparar con él un atraco, en todo lo cual H supone que O no aprobaría tal acción. En este caso la ejecución del atraco planeado sería un efecto perlocucionario₃, que no se produciría si el hablante lo declarara de antemano como propósito.

Este caso de *acción estratégica latente* ofrece un ejemplo, que por deficiente resulta interesante, de cómo opera el mecanismo del entendimiento en la construcción de las interacciones: el actor sólo puede alcanzar su fin estratégico de contribuir a un delito, en forma de un efecto perlocucionario₃, no público, si con su exigencia o invitación consigue un éxito ilocucionario; y tal cosa sólo se puede a su vez lograrla si como hablante finge ante el oyente estar persiguiendo sin reservas la meta ilocucionaria de su acto de habla, es decir, si logra despistar al oyente acerca de la efectiva violación unilateral que se está produciendo de las presuposiciones de la acción orientada al entendimiento. La utilización latentemente estratégica del lenguaje vive parasitariamente del uso normal de él, porque sólo puede funcionar si, a lo menos, una de las partes supone falsamente que el lenguaje está siendo empleado con vistas a entenderse. Este *status* derivado remite a la específica legalidad subyacente a la comunicación lingüística, la cual sólo puede tener efectos coordinadores sometiendo la actividad teleológica de los actores a determinadas restricciones.

Verdad es que también en la acción comunicativa son las

cadenas de acción teleológicamente estructuradas de los actores las que pasan a través de procesos de entendimiento; pues son actividades teleológicas de los participantes las que quedan concatenadas a través del medio del lenguaje. Pero el medio que es el lenguaje sólo puede cumplir esta función de concatenación, si *interrumpe* los planes de acción controlados por el propio éxito de cada actor y muda temporalmente el modo de acción. Tal conexión comunicativa de planes de acción a través de actos de habla ejecutados sin reserva coloca las orientaciones y decursos de acción, cortados egocéntricamente al talle de cada uno de los actores, bajo las restricciones estructurales de un lenguaje intersubjetivamente compartido. Estas restricciones exigen de los agentes un cambio de perspectivas: los actores deben pasar de la actitud objetivante de un agente orientado hacia su propio éxito, que trata de causar algo en el mundo, a la actitud realizativa de un hablante que trata de entenderse con un destinatario acerca de algo en el mundo. Sin abandonar la primera actitud para pasar a atenderse a las condiciones de un uso del lenguaje orientado al entendimiento, les estaría vedado el acceso al potencial que representan las energías que el lenguaje tiene para crear vínculos. De ahí que una acción latentemente estratégica fracase en cuanto el destinatario descubre que su oponente sólo en apariencia ha abandonado la orientación en función de su propio éxito.

En la acción estratégica cambia la constelación que forman lenguaje y acción. Aquí queda paralizada la capacidad que tiene el lenguaje de crear vínculos ilocucionarios; el lenguaje se encoge y convierte en un medio en que se transmiten informaciones. Podemos aclarar esto analizando el ejemplo que hemos puesto:

I) H: «Te pido que des algo de dinero a Y.»

Bajo los presupuestos de la acción comunicativa el destinatario de un mandato o de una exigencia tiene que conocer el contexto normativo que autoriza al hablante a hacer tal mandato, dándole con ello derecho a esperar que el destinatario tenga razones para ejecutar la acción exigida. El conocimiento de las condiciones de éxito (para la entrega del dinero) que cabe obtener del propio contenido proposicional de I) no basta para entender el significado ilocucionario de ese acto de habla, es decir, para entender su específico carácter de mandato o de exigencia. Al conocimiento de las condiciones de éxito *a)* debe sumarse el conocimiento de las condiciones *b)* bajo las que el hablante pue-

de dar por válida, es decir, en este caso por normativamente justificada, una exigencia de contenido *a)*: por ejemplo, la persona a quien H se dirige es un amigo, un colega notoriamente generoso en asuntos de dinero, un acreedor, un cómplice. Y es también una pretensión de validez normativa la que eventualmente el destinatario rechaza:

I') O: «No tienes derecho a pedirme algo así.»

En los contextos de acción estratégica manifiesta son precisamente esas pretensiones de validez, la pretensión de verdad proposicional, de rectitud normativa y de veracidad subjetiva las que quedan socavadas o se vuelven vacías. Queda en suspenso el presupuesto de una orientación por pretensiones de validez.

El «¡manos arriba!» del atracador de banco, que con pistola en mano exige de los empleados la entrega del dinero, muestra de forma drástica que en esta situación las condiciones de validez normativa han sido sustituidas por condiciones de sanción. Las condiciones de aceptabilidad de un imperativo desprovisto de toda cobertura normativa tienen que completarse con tales condiciones de sanción. Así ocurre también en el caso de la exigencia I). Si un hombre respetuoso con las leyes sabe que Y va a hacer uso del dinero que él le entrega para la comisión de un delito, H tendrá que completar su exigencia con alguna referencia a sanciones posibles, diciendo, por ejemplo:

2) H: «Te exijo que des dinero a Y —si no lo haces haré llegar a la policía que estás metido hasta el cuello en todo este asunto.»

La disolución del trasfondo normativo se muestra sistemáticamente en esta estructura «si-entonces» de la amenaza que sustituye por pretensiones de poder a las condiciones de validez presupuestas en la acción comunicativa. En ello queda también patente la mudanza que experimenta la constelación que forman lenguaje y acción. En la *acción estratégica manifiesta* los actos de habla, depotenciados en lo que a su fuerza ilocucionaria se refiere, delegan su papel de coordinar la acción en efectos externos al lenguaje. El lenguaje depotenciado sólo cumple ya aquellas funciones de información que quedan cuando de las operaciones del lenguaje tendentes al entendimiento se resta la formación de consenso, y la validez de las emisiones, dejada en suspenso en la

propia comunicación, sólo puede inferirse ya de forma indirecta. El acto de habla 2) es sólo ya en su superficie una exigencia, pues de hecho es una amenaza:

2a) H: «Si no das el dinero a Y haré llegar a la policía que...»

Las amenazas son ejemplos de actos de habla que en los contextos de acción estratégica cumplen un papel instrumental, que han perdido su fuerza ilocucionaria y que toman su significado ilocucionario de otros contextos de empleo en los que normalmente las mismas oraciones se emiten en actitud orientada al entendimiento. Tales actos perlocucionariamente autonomizados no son actos ilocucionarios, pues no tienen por meta la toma de postura racionalmente motivada de un destinatario. Es lo que se muestra en cómo se rechazan las amenazas:

2a') H: «No, no puedes intentar absolutamente nada contra mí.»

El «no» se refiere a condiciones empíricas, sólo bajo las cuales podría alcanzar la amenaza el efecto perlocucionario apeteído. El oyente pone en cuestión las razones que habrían de moverlo a actuar en la forma pronosticada por H. Las amenazas no se apoyan, como los actos ilocucionarios, en razones generales, en razones que no se agotan en la situación específica de un destinatario y que, por tanto, podrían convencer a cualquiera. Antes el componente consecuencial de su estructura «si-entonces» remite a razones particulares que para determinados destinatarios pueden constituir bajo determinadas condiciones un motivo empírico para reaccionar de determinada forma.

También las burlas tienen a menudo, como los imperativos simples, un carácter ambivalente. Pueden tener un respaldo normativo, por ejemplo expresar una condena moral; pero pueden también autonomizarse en términos perlocucionarios, por ejemplo servir a sumir al destinatario en el miedo y el temor.

II

El concepto que provisionalmente he introducido de acción comunicativa se apoya en una determinada concepción del lenguaje y del entendimiento. Tiene que ser desarrollado en el

contexto de una teoría del significado. No voy a entrar en tal justificación en términos de teoría del significado, pero a lo menos voy a introducir y a explicar brevemente los supuestos básicos de la teoría pragmático-formal del significado, que se refiere a la interna conexión entre significado y validez 1). Pero con ello nada está dicho todavía sobre la fecundidad de tal planteamiento teórico para las ciencias sociales. El concepto de acción comunicativa ha de acreditarse en una teoría sociológica de la acción. Y ésta tiene por fin explicar cómo es posible el orden social. En esta tarea puede servirnos de ayuda el análisis de los presupuestos de la acción comunicativa. Ésta abre la dimensión del trasfondo que representa el mundo de la vida, en el que las interacciones se concatenan y estabilizan en agregados de orden superior 2).

1. EL GIRO PRAGMÁTICO EN TEORÍA DEL SIGNIFICADO

El concepto de acción comunicativa desarrolla la intuición de que al lenguaje le es inmanente el telos del entendimiento. El entendimiento es un concepto de contenido normativo, y que va más allá de la comprensión de una expresión gramatical. Un hablante se entiende con otro acerca de una cosa. Tal acuerdo sólo pueden alcanzarlo si aceptan las respectivas emisiones como ajustadas al asunto de que se trate. El acuerdo acerca de algo se mide por el reconocimiento intersubjetivo de la validez de una emisión que en principio es susceptible de crítica. Ciertamente que no es lo mismo entender el significado de una expresión lingüística o entenderse acerca de algo con ayuda de una emisión que se tiene por válida; con igual claridad hay que distinguir entre una emisión tenida por válida y una emisión válida; sin embargo, las cuestiones de significado no pueden separarse del todo de las cuestiones de validez. La cuestión básica de la teoría del significado, a saber: qué quiere decir entender el significado de una expresión lingüística, no puede aislarse de la pregunta de en qué contexto esa expresión puede ser aceptada como válida. Pues no se sabría qué significa entender el significado de una expresión lingüística si no se supiera cómo tiene uno que servirse de ella para entenderse con alguien acerca de algo. Incluso las propias condiciones de comprensión de las expresiones lingüísticas permiten ver que los actos de habla que pueden formarse con ellas se ordenan, se enderezan, a un acuerdo racionalmente mo-

tivado acerca de lo dicho. En este sentido la orientación por la validez posible de las emisiones pertenece a las condiciones pragmáticas, no ya sólo del entendimiento, sino incluso de la propia comprensión del lenguaje. En el lenguaje, la dimensión del significado y la dimensión de la validez están internamente unidas la una con la otra.

Ciertamente que la semántica veritativa ha venido sirviéndose de esa idea desde Frege: entendemos una oración asertórica cuando sabemos qué es el caso cuando la oración es verdadera. Pero no es casualidad que aquí se tome por modelo una oración y no un acto de habla, y por cierto una oración enunciativa y no una oración no-asertórica. Pues según esa teoría la problemática de la validez se sitúa exclusivamente en la relación del lenguaje con el mundo como totalidad de los hechos. Como validez se equipara a verdad de los enunciados, la conexión entre significado y validez de las expresiones lingüísticas sólo se establece en el habla constatatadora de hechos; ahora bien, como ya observó Karl Bühler, la función de exposición (*Darstellung*) o función expositiva es sólo una de las tres funciones cooriginarias del lenguaje. Las oraciones empleadas comunicativamente sirven al tiempo para dar expresión a las intenciones (o vivencias) de un hablante, para exponer estados de cosas (o algo que nos sale al paso en el mundo) y para entablar relaciones con un destinatario. En estas tres funciones se reflejan los tres aspectos fundamentales del: entender/se/sobre algo/con otro. Se da una triple relación entre el significado de una expresión lingüística y a) lo que «se quiere decir» (*gemeintes*) con ella; b) lo que en ella «se dice» (*gesagtes*); y c) el tipo de su empleo en un acto de habla.

No deja de ser curioso que los tres planteamientos más conocidos de teoría del significado sólo partan de una de estas tres dimensiones de significado, agavilladas todas tres, por así decirlo, en el foco del lenguaje, para explicar en cada caso el espectro total del significado a partir de una sola de esas funciones del lenguaje. La semántica intencionalista (desde Grice hasta Bennett y Schiffer) considera fundamental lo que el hablante, en una situación dada, quiere decir o quiere dar a entender con la expresión que emplea; la semántica formal (de Frege a Dummett pasando por el primer Wittgenstein) parte de las condiciones bajo las que una oración es verdadera (o que tornan a una oración verdadera); y la teoría del significado como uso inaugurada por el último Wittgenstein, refiere en última instancia todo a los plexos de interacción en que se ha crecido, en los que las

expresiones lingüísticas cumplen funciones prácticas. Cada una de estas tres teorías semánticas rivales parte de un solo aspecto del proceso de entendimiento. Tratan de explicar el significado de una expresión lingüística, o bien desde la perspectiva de la intención que tiene el hablante de dar a entender algo, o bien desde la perspectiva de lo dicho como significado literal, o bien desde la perspectiva de su uso en las interacciones como significado de una emisión. La estilización por cada uno de estos tres planteamientos de sólo uno de los aspectos que el esquema funcional de Bühler contempla simultáneamente, ha conducido a angosturas en las que no voy a entrar aquí. Como respuesta a estas dificultades entró en liza la teoría de los actos de habla, desarrollada a partir de Austin y Searle.

Ésta otorga a la intención del hablante el puesto que le corresponde, pero sin reducir incondicionalmente, como hace la semántica de Grice, el entendimiento lingüístico a acción estratégica. Con el componente ilocucionario tiene también en cuenta la relación interpersonal y el carácter de acción que tiene el habla, pero sin excluir, como hace la pragmática de Wittgenstein, todas las pretensiones de validez que apuntan más allá de la provincialidad de juegos de lenguaje particulares, que en principio tendrían todos unos mismos derechos. Pues con el concepto de condiciones de cumplimiento la teoría de los actos de habla también respeta, finalmente, la relación entre lenguaje y mundo, entre oración y estado de cosas. Empero, con esta determinación unidimensional de la validez como cumplimiento de condiciones de verdad proposicional, la teoría de los actos de habla permanece aún prisionera del cognitivismo de la semántica veritativa. Es exactamente en este punto donde veo el déficit que hay que proceder a subsanar en cuanto uno se percata de que todas las funciones del lenguaje, y no sólo la función de exposición, llevan anejas pretensiones de validez.

La oración «Sí, doy dinero a Y» es modalmente ambigua; según el contexto, esta oración puede desambiguarse como promesa, como confesión o también como pronóstico:

- 3) H: te prometo que daré a Y algo de dinero.
- 4) H: te confieso que estoy dando a Y algo de dinero.
- 5) H: puedo pronosticarte que X (en este caso el hablante) dará a Y algo de dinero.

Si atendemos a las correspondientes negaciones con que el oyente podría rechazar las ofertas que son estos actos de habla,

vemos el tipo de validez que un hablante vincula a sus promesas, a sus confesiones y a sus pronósticos:

- 3') O: no, tú no has sido nunca de fiar en este tipo de cosas.
- 4') O: no, tú lo que quieres es despistarme.
- 5') O: no, pero si tú no tienes dinero.

Con 3) el hablante entabla la pretensión normativa de contraer una obligación, con 4) la pretensión de veracidad subjetiva de estar pensando realmente lo que dice, y con 5) una pretensión de verdad proposicional. Por lo demás, un acto de habla no tiene por qué recusarse sólo bajo el aspecto de validez dominante en cada caso. El mandato:

- 1) H: te exijo dar dinero a Y,

no sólo puede rechazarse con

- 1') O: no, no tienes derecho a exigirme eso,

sino también con la duda acerca de la veracidad del hablante o con la duda acerca de las presuposiciones de existencia del contenido proposicional:

- 1'') O: no, no lo dices en serio —lo que quieres es tomarme el pelo.

- 1''') O: no, yo no voy a ver a Y y, por tanto, no puedo entregarle el dinero.

Mutatis mutandis, lo mismo vale también para los actos de habla constatativos y expresivos. La cuestión de si una emisión cumple su función expositiva se mide ciertamente por sus condiciones de verdad; pero el cumplimiento de la función interactiva y de la función expresiva se mide por condiciones análogas a la de verdad, cuales son la de autoridad (para hacer un mandato) y la de veracidad. Todo acto de habla, considerado en conjunto, puede siempre criticarse como no válido bajo tres aspectos: como no verdadero en lo que concierne al enunciado hecho (o a las presuposiciones de existencia del contenido proposicional); cómo no correcto en lo que concierne a los contextos normativos vigentes (o en lo tocante a la legitimidad de las normas presupuestas); y como no veraz en lo que concierne a la intención del hablante.

Supongamos que esta ampliación tricotómica del concepto de validez, aquí simplemente apuntada, pudiera desarrollarse en detalle; ¿qué consecuencias se seguirían en lo tocante a la respuesta a la cuestión básica de una teoría del significado?

El propio Dummett da el primer paso para una reinterpretación pragmática de la problemática de la validez al mostrar que sólo en los casos de oraciones observacionales predicativas simples puede la semántica veritativa abstraer por completo de las circunstancias bajo las que un oyente está en situación de *conocer* cuándo están cumplidas las condiciones de verdad de una oración asertórica. Apoyándose en la distinción pragmática entre «truth» y «assertibility» —entre la verdad de una oración y la justificación con que se hace una afirmación—, Dummett sustituye el conocimiento de las condiciones de verdad por un conocimiento indirecto. El oyente tiene que conocer las razones con que el hablante, llegado el caso, podría desempeñar su pretensión de que se cumplen determinadas condiciones de verdad. Se entiende una oración enunciativa cuando se sabe qué tipo de razones podría aducir un hablante para convencer a un oyente de que está legitimado para entablar en favor de la oración una pretensión de verdad. Las condiciones de comprensión, tal como han de cumplirse en la práctica comunicativa cotidiana, remiten, por tanto, a la suposición de un juego argumentativo en que el hablante como proponente pudiese convencer a un oyente como oponente, de la justificación con que se ha entablado una pretensión de validez que haya podido volverse problemática. Tras este *giro epistémico* de la semántica veritativa, la cuestión de la validez de una oración ya no puede plantearse como una cuestión acerca de la relación objetiva entre lenguaje y mundo, desligada del proceso de comunicación.

Pero entonces lo obvio es no definir ya la pretensión de verdad semánticamente, ni sólo desde la perspectiva del hablante. Las pretensiones de validez constituyen el punto de convergencia del reconocimiento intersubjetivo por todos los participantes. Esas pretensiones de validez cumplen un papel pragmático en la dinámica que representan las ofertas contenidas en los actos de habla y las tomas de postura de afirmación o negación por parte de los destinatarios. Este *giro pragmático* de la semántica veritativa exige una revaluación de la «fuerza ilocucionaria». Austin había entendido ésta como el componente irracional del acto de habla, mientras que lo propiamente racional quedaría monopolizado por el contenido enunciativo. Tras la lectura prag-

máticamente ilustrada, es el componente modal el que determina la pretensión de validez que, en el caso estándar, el hablante entabla con ayuda de una oración realizativa. Con ello el componente ilocucionario se convierte en sede de una racionalidad que se presenta como una conexión estructural entre condiciones de validez, las pretensiones de validez referidas a ellas y las razones para el desempeño discursivo de tales pretensiones. Así, las condiciones de validez ya no quedan fijadas al contenido proposicional; y surge espacio para la introducción de otras pretensiones de validez, que no se dirigen a las condiciones de verdad (o a las condiciones de éxito), es decir, que no están cortadas al talle de la relación entre lenguaje y mundo objetivo.

Tras la complementación de la verdad proposicional con la rectitud normativa y la veracidad subjetiva, la explicación de Dummett puede generalizarse dando un último paso. Entendemos un acto de habla cuando conocemos la clase de razones que un hablante podría aducir para convencer a un oyente de que en las circunstancias dadas tiene razón para pretender validez para su emisión —en una palabra: cuando sabemos *qué lo hace aceptable*—. Con una pretensión de validez un hablante apela a un potencial de razones que, llegado el caso, podría sacar a la palestra en favor de esa pretensión. Las razones interpretan las condiciones de validez y pertenecen por tanto ellas mismas a las condiciones que hacen aceptable una emisión. Por esta vía las condiciones de aceptabilidad remiten al carácter holístico de los lenguajes naturales: cada acto de habla particular está asociado, a través de hilos lógico-semánticos, con muchos otros actos de habla, con actos de habla potenciales, que pueden desempeñar el papel pragmático de razones. El conocimiento de una lengua está, por tanto, entretelado con el saber acerca de cómo sean efectivamente las cosas y las situaciones en el mundo que esa lengua nos abre. Quizá éste saber del mundo o relativo al mundo dependa de una cadena más larga de razones que el saber lingüístico; pero que ambos saberes no pueden separarse netamente uno de otro viene confirmado por la idea básica de la que hemos partido: entender una expresión significa saber cómo puede servirse uno de ella para entenderse con alguien acerca de algo.

Si este planteamiento de una teoría pragmático-formal del significado pudiera elaborarse y hacerse plausible, tendríamos una explicación de por qué el medio que es el lenguaje natural dispone de un potencial de fuerzas capaces de establecer vínculos que pueden utilizarse con el fin de coordinar la acción. Al asumir

un hablante, con su pretensión de validez susceptible de crítica, la garantía de aducir, llegado el momento, razones que avalen la validez del acto de habla, el oyente que conoce las condiciones de aceptabilidad y con ello entiende lo dicho, se ve desafiado a tomar una postura racionalmente motivada; si reconoce la pretensión de validez y acepta con ello la oferta que es el acto de habla, está asumiendo la parte que le toca de obligaciones relevantes para el posterior curso de la interacción, que para todos los participantes se siguen de lo dicho.

2. DE LA ACCIÓN SOCIAL AL ORDEN SOCIAL

He tratado la acción comunicativa y la acción estratégica como dos variantes de la *interacción lingüísticamente mediada*. Sólo para la *acción comunicativa* vale que las restricciones estructurales que impone un lenguaje intersubjetivamente compartido —restricciones en el sentido de una «necesitación» o coerción trascendental débil— llevan a los actores a salir de la lógica egocéntrica de una orientación racional con arreglo a fines que tiene su medida en los éxitos que pueda cosechar cada uno y a exponerse a los criterios públicos de la racionalidad ligada al entendimiento. Las estructuras suprasubjetivas del lenguaje parecen, pues, resultar aptas para responder en términos de teoría de la acción la cuestión clásica de cómo es posible el orden social.

El concepto atomista de *acción estratégica* no proporciona por sí mismo nada que pueda considerarse equivalente de ello. Cuando, pese a todo, se lo trata de emplear como concepto básico de una teoría sociológica de la acción, ha de explicarse cómo plexos de interacción que resultan solamente de las influencias recíprocas que actores orientados al éxito ejercen unos sobre otros pueden cobrar consistencia generando órdenes estables. Desde Hobbes se ha venido intentando una y otra vez explicar la formación de normas con pretensiones de validez normativas de carácter intersubjetivamente obligatorio a partir de los intereses y del cálculo individual de utilidades de actores que interfieren unos con otros y deciden de forma racional con arreglo a fines. Este «problema hobbesiano» (Parsons) suele elaborarse hoy con los medios suministrados por la teoría de los juegos. Pero en la medida en que he seguido las discusiones desarrolladas en nuestros días desde D. Lewis a John Elster no ha sido precisamente mi impresión que la cuestión de la emergencia de un orden a

partir de la doble contingencia de actores que deciden independientemente haya recibido hoy una respuesta más convincente que en la que su tiempo le dio Hobbes.

Algo más prometedora que la tentativa de renovar con medios contemporáneos el concepto clásico de orden instrumental es la introducción de un medio de comunicación a través del cual se canalizan los flujos de información que gobiernan el comportamiento. En la medida en que este concepto se define conforme al modelo del tráfico mercantil gobernado por el dinero, cabe mantener la acción estratégica (cortada esta vez al talle de los procesos de elección racional) como el concepto de acción que mejor se acomoda a ese medio de regulación o control. Las informaciones, por ejemplo, que discurren a través del código dinero condicionan las decisiones de acción en virtud de la estructura de preferencias que tal código lleva inserta, sin que para ello sea menester recurrir a operaciones de entendimiento, más exigentes y arriesgadas por haber de orientarse por pretensiones de validez. El actor adopta una actitud orientada al éxito, y en el caso límite una actitud racional con arreglo a fines. Sin embargo, el paso a *interacciones regidas por medios de control* tiene como consecuencia para él una inversión objetiva de fines y elección de medios. Pues es el medio mismo el que se encarga de canalizar ahora los imperativos que para mantener su propia consistencia ha de cumplir el correspondiente sistema (aquí el sistema de mercado). Esta inversión de fines y medios es vivida por el actor, como ya vio Marx, como el carácter cosificador que desarrollan procesos sociales objetualizados. En este sentido las interacciones regidas por medios de regulación o control no encarnan ya una razón instrumental, localizada en la racionalidad con arreglo a fines de los portadores de decisiones, sino una razón funcionalista inmanente a los sistemas regidos por medios. Empero, este planteamiento desarrollado en las ciencias económicas y en las ciencias de la organización sólo abarca ámbitos especiales de acción. No satisface la pretensión de una explicación generalizadora que pudiese reducir en general la acción social a acción estratégica. Como, en tanto que códigos especiales, los medios de comunicación que regulan el comportamiento, cual es el dinero, no son sino derivaciones del código de estructura mucho más rica que es el lenguaje ordinario, la teoría de los medios de control remite al marco más amplio de una teoría del lenguaje (cfr. *Teoría de la Acción Comunicativa*, t. I, págs. 369 y ss.).

Queda como alternativa la pura renuncia a desarrollar un

concepto de orden social desde la perspectiva de una teoría de la acción. En lugar de unas estructuras suprasubjetivas del lenguaje, que estuviesen entrelazadas con la práctica comunicativa cotidiana, aparecen en Parsons y Luhmann *sistemas que mantienen sus límites*, los cuales son introducidos en un plano más general que los actores y las interacciones lingüísticamente mediadas. Estos últimos pueden a su vez ser interpretados después como sistemas psíquicos y sociales que constituyen entornos los unos para los otros y se observan mutuamente. Pero la autonomización de la teoría de sistemas frente a la teoría de la acción no puede menos de pagar el precio que comporta todo planteamiento objetivista. El funcionalismo sistémico se priva de los hilos de contacto con el saber intuitivo del mundo de la vida y de los miembros de éste. Pues el acceso hermenéutico a tal potencial de saber sólo es posible mediante la participación (a lo menos virtual) en la práctica comunicativa cotidiana. Ciertamente que las ciencias sociales, en vista de la complejidad de las sociedades modernas, no pueden menos de aprestarse a obtener también de su objeto conocimientos contraintuitivos. Pero, en cualquier caso, la sociedad, al estar tejida de los hilos y redes que forman las interacciones lingüísticamente mediadas, no es algo que nos salga al paso al modo de la naturaleza externa, sólo accesible a la observación; el sentido sedimentado en sus plexos simbólicos y en las interpretaciones que la sociedad hace de sí sólo se abre a un planteamiento articulado en términos de comprensión e interpretación. Quien no quiera cerrarse este camino, sino que quiera alumbrar *desde dentro* el plexo de la vida sociocultural, tiene que partir de un concepto de sociedad que pueda conectar con las perspectivas de acción y el trabajo de interpretación de los participantes en la interacción. Para este primer paso ofrécese el concepto de mundo de la vida de el que un análisis de los presupuestos de la acción comunicativa, planteado en términos de pragmática formal, se topa aún antes de empezar a pensar en desarrollar una teoría sociológica.

Que el orden social ha de poder establecerse a través de procesos de formación de consenso, parece a primera vista una idea trivial. Pero la inverosimilitud de esta idea se torna clara en cuanto recordamos que todo acuerdo alcanzado comunicativamente depende de tomas de postura de afirmación o negación frente a pretensiones de validez susceptibles de crítica. La doble contingencia que ha de ser absorbida por todo proceso de interacción, cobra en el caso de la acción comunicativa la forma

especialmente precaria de un riesgo de disentimiento, siempre presente, inscrito en el mecanismo mismo del entendimiento, habiendo de tenerse presente que todo disenso origina altos costes. Con el disenso se plantean varias alternativas; las más importantes son: proceder a operaciones de reparación simples; dejar en suspenso o poner entre paréntesis las pretensiones de validez controvertidas, con la consecuencia de que el suelo común de convicciones compartidas se estreche; el tránsito a costosos discursos de resultado incierto y que tienen como efecto ulteriores problematizaciones; la ruptura de la comunicación, o, finalmente, el paso a la acción estratégica. Si se tiene en cuenta que todo asentimiento explícito a la oferta que es un acto de habla descansa en una doble negación, a saber: en el rechazo de un rechazo siempre posible, los procesos de entendimiento que discurren a través de pretensiones de validez susceptibles de crítica, no resultan precisamente muy recomendables como sillares fiables de la integración social. La motivación racional, que descansa en un poder decir que no, da lugar a un remolino de problematizaciones, que hace que la formación lingüística de consenso aparezca más bien como un mecanismo perturbador. Pues el riesgo de disentimiento está recibiendo constantemente el alimento que le suministran nuevas experiencias. Las experiencias quiebran la rutina de lo que se da por sentado y son un venero de contingencias. Atraviesan las expectativas y discurren en sentido contrario a las formas habituales de percepción, provocan sorpresas, nos hacen percatarnos de lo nuevo. Las experiencias son siempre *nuevas* experiencias y constituyen el contrapeso de lo que nos resulta familiar.

Con ello obtenemos una primera referencia a los fenómenos complementarios uno del otro que son lo *sorprendente* y lo *común* o *familiar*. El estar de antemano de acuerdo en una profunda capa de autoevidencias o perogrulladas, certezas, cosas incuestionadas, etc., podría explicar cómo ese riesgo de disentimiento siempre inminente, que el entendimiento lingüístico comporta, es absorbido, regulado y obviado en la práctica cotidiana. Como es sabido, bajo el título de «mundo de la vida», E. Husserl trató de explorar en su última obra este suelo de lo inmediatamente familiar y lo que damos por sentado sin hacernos cuestión de ello. Trató de aclarar con medios fenomenológicos el ámbito del saber implícito, de lo antepredicativo y lo precategorial, del olvidado fundamento de sentido que son la práctica de la vida diaria y la experiencia que tenemos del mundo. Voy a dejar aquí

de lado el método de Husserl y también el contexto en que introduce su concepto de mundo de la vida; pero hago mío el contenido material de sus investigaciones suponiendo que también la acción comunicativa está inserta en un mundo de la vida que nos provee de la cobertura que es ese masivo consenso de fondo que se encarga de absorber riesgos de disentimiento. Las operaciones explícitas de entendimiento de los agentes que actúan comunicativamente se mueven en el horizonte de convicciones comunes aproblemáticas; el desasosiego que generan la experiencia y la crítica se quiebra contra las habilidades, lealtades y patrones de interpretación de arraigado consenso como contra una roca, al parecer ancha e inmovible, que emergiera de las profundidades.

Husserl, con el concepto de saber atemático, indicó también un camino por el que sacar a luz ese fundamento de sentido. Pero aquí deben tenerse en cuenta dos deslindes. El saber pre-reflexivo que acompaña a los procesos de entendimiento sin convertirse en tema hay que distinguirlo, primero, del *saber co-tematizado* en los actos de habla. En un acto de habla «Mp» la oración de contenido proposicional es el portador de saber temático. La oración realizativa da expresión a una pretensión de validez y especifica en qué sentido se emplean las oraciones. Este comentario autorreferencial queda notificado en términos realizativos, es decir, mediante la ejecución de una acción, no es expuesto explícitamente como saber, como sucede con el contenido enunciativo comentado. Para hacer disponible en los mismos términos que el saber temático el significado *cotematizado* del acto ilocucionario «Mp», tiene que ser transformado en una descripción de «Mp»:

1) H: te exijo que des a Y algo de dinero

transformado en:

1a) Emitiendo 1), H ha exigido a O que «p».

El saber *atemático* se distingue del saber simplemente *cotematizado* porque no puede hacerse accesible por simple transformación de la perspectiva del participante en la del observador, sino que exige un análisis de presuposiciones. Pues atemáticas son aquellas presuposiciones que los participantes en la comunicación han de hacer para que el acto de habla cobre un determi-

nado significado en una determinada situación y pueda ser en general válido o no válido.

Pero no todo saber atemático es constitutivo de un *determinado* mundo de la vida. Para un determinado mundo de la vida no es relevante aquel saber generativo universal que capacita a los hablantes competentes para emplear correctamente oraciones gramaticales en emisiones. Tampoco es relevante el saber acerca de cómo ha de procederse para cumplir los presupuestos pragmáticos-universales de la acción comunicativa; por ejemplo, el saber cómo se orienta uno por pretensiones de validez y cómo se imputan recíprocamente los agentes la capacidad de responder de sus actos; cómo se identifican objetos para establecer así el contacto entre lenguaje y mundo; cómo se distingue entre fines ilocucionarios y fines perlocucionarios, cómo separar al mundo subjetivo y al mundo social del mundo objetivo, cómo pasar de la acción a la argumentación, etc. Todo esto es saber implícito que sólo es dominado intuitivamente y que exige el trabajo reflexivo de las reconstrucciones racionales para poder ser transformado de un «know how» en un «know that». Pero este saber *prerreflexivo-atemático*, de carácter universal, que pertenece a la competencia lingüística, sirve a la producción de actos de habla en general, genera acción comunicativa, pero no sirve a complementarla. Hemos de concentrarnos en aquel otro linaje de saber atemático que complementa, acompaña y da contexto a la acción comunicativa. Se trata de ese saber concreto del lenguaje y del mundo, antepredicativo y precategórico, que se mantiene en la penumbra y que constituye el suelo aporético para todo saber temático y todo saber cotematizado.

III

El concepto fenomenológico del mundo de la vida sugiere ciertamente un concepto de constitución del mundo, tomado de la epistemología, que no puede transferirse sin más a la sociología. Para escapar a las dificultades de la fenomenología social, la teoría de la sociedad, incluso en su propio planteamiento, ha de liberarse de la teoría del conocimiento planteada en términos de constitución y tomar la vía de la pragmática del lenguaje que a nativitate se extiende a las interacciones lingüísticamente mediadas. El «mundo de la vida» debe introducirse, por tanto, como concepto complementario del de acción comunicativa (1). Pero

esa investigación planteada en términos de pragmática formal que por la vía de un análisis de presuposiciones se asegura del trasfondo que representa el mundo de la vida tiene que efectuarse desde la perspectiva que el hablante adopta, perspectiva a la que ha de darse cobro en términos reconstructivos. El uso sociológico del concepto de mundo de la vida exige un cambio metodológico desde la actitud (realizativa) de segunda persona a la actitud (teórica) de tercera persona (2).

1. EL CONCEPTO PRAGMÁTICO-FORMAL DE MUNDO DE LA VIDA

En su libro sobre *La crisis de las ciencias europeas*, Husserl introduce el concepto de mundo de la vida en términos de crítica de la razón. Bajo la realidad que las ciencias de la naturaleza hacen valer como única, tiende Husserl el contexto previo que representan la práctica cotidiana y la experiencia del mundo, como olvidado y reprimido fundamento de sentido. El mundo de la vida constituye en este sentido un concepto opuesto a aquellas idealizaciones que son las que empiezan constituyendo el ámbito objetual de las ciencias de la naturaleza. Contra las idealizaciones que comportan la medición, la suposición de causalidad y la matematización, contra las tendencias a la tecnificación en ellas operantes, reivindica Husserl el mundo de la vida como la esfera inmediatamente presente de operaciones originarias; desde esa perspectiva ejerce una crítica contra esas idealizaciones del objetivismo científico que parecen haberse olvidado de lo que son. Empero, como la filosofía del sujeto es ciega para el sentido específico de la intersubjetividad lingüística, Husserl es incapaz de percatarse de que ya el suelo que es la práctica cotidiana misma descansa sobre presupuestos idealizadores.

Con las pretensiones de validez, que trascienden todos los criterios meramente locales, la tensión entre presupuestos trascendentales y lo empíricamente dado pasa a aposentarse en el propio mundo de la vida. La teoría de la acción comunicativa destrascendentaliza el reino de lo inteligible descubriendo en los presupuestos pragmáticos inevitables de los actos de habla, es decir, en el corazón mismo de la práctica del entendimiento intersubjetivo, la fuerza de la anticipación idealizadora —idealizaciones que en las formas de comunicación, por así decirlo, extraordinarias que representa la argumentación no hacen sino tornarse más visibles—. La idea de desempeño de pretensiones

de validez susceptibles de crítica exige idealizaciones, que, hechas bajar del cielo trascendental al suelo del mundo de la vida; desarrollan su eficacia en el medio que es el lenguaje natural; en ellas se manifiesta también la fuerza de resistencia de una razón comunicativa que opera astuta contra las deformaciones cognitivo-instrumentales de que se ven aquejadas las formas de vida sólo selectivamente modernizadas.

Como estas idealizaciones se deben a una competencia lingüística de la que los hablantes disponen prerreflexivamente en forma de un saber implícito, el choque entre el saber explícito dependiente de idealizaciones, por una parte, y el saber de fondo que absorbe riesgos, por otra, empieza produciéndose *dentro* del ámbito del saber atemático —no se muestra sólo en la competencia entre el saber de expertos que representan las ciencias de la naturaleza y las convicciones preteóricas de la vida diaria—. La mayor parte de lo que se dice en la práctica comunicativa cotidiana permanece aproblemático, escapa a la crítica y a la presión que ejercen las sorpresas provenientes de las experiencias críticas, porque vive del excedente de validez que representan las certezas sobre las que de antemano estamos de acuerdo, es decir, de la obviedad de las certezas de que está tejido nuestro mundo de la vida.

La carga de hacer plausibles las pretensiones de validez, la asume *prima facie* un saber concomitante que no tematizamos, un *saber de primer plano* relativamente superficial, en que los participantes se apoyan en forma de presupuestos pragmáticos y semánticos. Se trata, ante todo, de un saber que: a) constituye un horizonte referido a la situación, y b) constituye un saber contextual dependiente de los temas que se suscitan en cada caso.

ad a) El centro de la situación de habla lo constituye el entorno percibido, entorno que se inserta en horizontes no percibidos, dispuestos concéntricamente en el espacio y en el tiempo. Los participantes pueden normalmente percibir que desde sus perspectivas coordinadas interpretan de forma más o menos concordante los componentes más triviales de la situación de habla y de los entornos que con la distancia se van volviendo cada vez más difusos. Parten también de que sus divergentes perspectivas biográficas confluyen unas con otras en el aquí y en el ahora de la situación de habla y que lo más que hacen es prestar a la interpretación común de la situación relevancias distintas. Este *saber-horizonte* se torna implícitamente co-presente con lo que en cada caso se dice; convierte a una emisión en aproblemática

y fomenta su aceptabilidad. Si durante un *small talk* en el parque Grüneburg de Francfort menciono que en California está nevando, quien me está escuchando sólo dejará de preguntarme a qué viene eso si sabe que acabo de llegar de San Francisco o que, por ejemplo, trabajo en el instituto de meteorología.

ad b) Un papel igualmente importante en orden a estabilizar la validez es el que cumple ese *saber contextual dependiente de los temas* que en el marco de un lenguaje común, de la misma cultura, de una misma formación escolar, etc., es decir, en el marco de un medio común o de un horizonte de vivencias común un hablante puede presuponer. El hablante, al abordar un determinado tema, evoca implícitamente los contextos en que ese tema encaja; a su luz, lo dicho aparece como trivial o como sorprendente, como informativo o como algo no digno de creerse. De ese acervo de saber contextual que el tema abordado co-actualiza pueden movilizarse las informaciones y razones que fuere menester. Ello será siempre necesario cuando resulte infundada la suposición de que el saber atemáticamente concomitante es compartido intersubjetivamente o de que existe consenso sobre él. Mi tentativa de introducir el concepto de mundo de la vida en términos de teoría de la comunicación, tal como lo estoy haciendo, provocará en un público de colegas en Madrid o en París preguntas y objeciones distintas que, por ejemplo, en Berkeley.

Este tipo de saber atemático se ve arrastrado fácilmente por el remolino de la problematización. Basta con que el horizonte de la situación o el tema se desplacen un poco. Si en lugar de respetar la duración habitual de una hora de clase sigo hablando diez minutos más o me salgo del tratamiento académico del tema «mundo de la vida» y me pongo a hablar de un viaje de vacaciones que tengo en proyecto, inmediatamente la atención se concentra sobre la violación de presupuestos pragmáticos que hasta ese momento eran supuestos implícitamente compartidos. En este aspecto el saber-horizonte relativo a la situación y el saber contextual dependiente de los temas se distinguen c) del *saber de fondo constitutivo del mundo de la vida*. Éste se halla sujeto a condiciones de tematización distintas. No puede traerse intencionalmente a la conciencia del mismo modo que los anteriores y constituye una capa profunda de saber atemático, en la que tienen sus raíces el saber contextual y el saber-horizonte, los cuales son siempre saberes, por así decirlo, de primer plano.

ad c) El saber de fondo tiene una mayor estabilidad porque

es en buena parte inmune a la presión que ejercen las problematizaciones provenientes de las experiencias generadoras de contingencias. Para percatarse de ello basta tener presente que esa capa de saber elíptico y siempre ya presupuesto no se la puede arrancar del inaccesible modo en que halla la incuestionada confirmación de fondo que le es peculiar, ni se la logra convertir en tema, si no es haciendo un notable *esfuerzo metodológico*, y que aun así sólo puede ser arrancada de ese su carácter trozo por trozo. Husserl propuso para ello el procedimiento de la variación eidética, es decir, el método de introducir modificaciones en el mundo mediante nuestra libre fantasía o de proyectar mundos que sirviesen de contraste y pudiesen arrojar luz sobre nuestras expectativas de normalidad, tan inconscientes como incommovibles e inaccesibles, y lograsen traer a primer plano el fundamento, por así decir, cosmivisional de nuestra práctica cotidiana. A este método se asemejan también los ejemplos con cuya ayuda J. Searle demuestra que el significado de los actos de habla permanece indeterminado mientras las condiciones de validez semánticamente fijadas no se complementen mediante presupuestos de fondo intuitivamente sabidos, que permanecen implícitos y atemáticos, como algo presupuesto de forma enteramente aproblemática. Así, al gato de la famosa oración de filosofía analítica «el gato está sobre la alfombra» se le lanza al espacio para conseguir percatarnos, mediante esa modificación, de que normalmente un cuerpo colocado sobre algo sólo nos lo representamos en tanto que sometido a los efectos de la fuerza gravitatoria de la Tierra. De igual manera, el *homo sapiens* desde que empezó a mantener su vida mediante el uso de determinados instrumentos, tuvo que tener un saber intuitivo de la ley de la palanca; pero como ley, sólo se descubrió y se le dio forma de saber explícito en el curso de la problematización metódica que de nuestro saber preteórico indujo la ciencia moderna.

Pero el método de la libre variación de presupuestos inevitables choca inmediatamente con límites. El saber de fondo constitutivo del mundo de la vida no es algo de lo que podamos disponer a voluntad, al igual que tampoco estamos en situación de someter absolutamente todo a una duda abstracta. Ch. S. Peirce, con su duda pragmatista en contra de esa duda cartesiana nos recordó más bien que los problemas que quiebran la certeza de nuestro mundo de la vida son algo que nos adviene, que nos sale al encuentro con el poder objetivo que caracteriza a las contingencias históricas. Ya Husserl había asociado su análisis

del mundo de la vida con el motivo de la crisis. Es una crisis, una crisis que se origina en las consecuencias de la ciencia moderna, la que arranca a Husserl del olvido objetivista del mundo y de sí. La presión que ejercen como problemas tales situaciones de crisis, ya sean históricas o biográficas, cambia objetivamente las condiciones de la tematización y es la que empieza engendrando una distancia capaz de arrojar luz sobre lo que nos es más próximo y obvio. Un ejemplo de ello es aquel empujón hacia el universalismo moral, que se puso en marcha con el profetismo de las religiones universales y que quebró la ingenua familiaridad con la eticidad sustancial de la parentela o el clan, asentada sobre relaciones de pietas, un empujón que, por lo demás, provocó tantas regresiones, que en intervalos que alcanzan hasta nuestro propio siglo —cuando los campos de exterminio abrieron sus puertas— hubo de ser renovado una y otra vez.

Como todo saber atemático el saber de fondo constitutivo del mundo de la vida nos es presente de forma implícita y prerreflexiva. Lo que lo caracteriza es, en primer lugar, el modo de una *certeza directa*. Ésta presta a ese saber, en y a partir del que, sin posibilidad de distanciarnos de él, vivimos, hacemos experiencias, hablamos y actuamos, un carácter paradójico. Esa presencia del trasfondo, penetrante y que a la vez pasa desapercibida, ofrece el aspecto de una forma intensivizada y, sin embargo, deficiente de saber. Al saber de fondo le falta la interna conexión con la posibilidad de poder volverse problemático, porque sólo en el instante en que es dicho queda en contacto con pretensiones de validez susceptibles de crítica, transformándose con ello en un saber falible. Las certezas absolutas permanecen incommovibles hasta que un shock las derrumba; pues, en el sentido estricto de falibilidad, no representan saber alguno.

En segundo lugar, el saber de fondo se caracteriza por su *fuerza totalizadora*. El mundo de la vida forma una totalidad con un centro y con límites indeterminados, porosos que, sin embargo, no son límites trascendibles sino más bien límites que retroceden. Lo que hemos llamado saber de primer plano, es decir, el saber horizonte y el saber contextual toman su carácter configurador de mundo —así en la dimensión de la percepción como en la dimensión del significado— de ese trasfondo en que están enraizados. El centro al que, antes de toda objetivación por operaciones de medida, confluyen los espacios sociales concéntricamente dispuestos en profundidad y extensión y los tiempos históricos tridimensionalmente distribuidos, lo constituye la si-

tuación compartida de habla —y no el cuerpo vivido mío en cada caso (*Leib*), como ha venido afirmando la fenomenología antropológizante—. Los espacios y tiempos vividos son siempre coordenadas interpretadas en términos concretos (como comunidad local, región, Estado, nación, sociedad mundial, etc., o como secuencia de generaciones, épocas, edades del mundo, biografías individuadas ante Dios, etc.), es decir, coordenadas encarnadas o materializadas del mundo *en cada caso nuestro*. Yo en mi corporalidad vivida y como corporalidad vivida (*Leib*) me encuentro ya siempre en un mundo intersubjetivamente compartido, en el que los mundos de la vida colectivamente habitados se entrecruzan, solapan y concatenan como texto y contexto.

Una tercera característica que tiene que ver con la inmediatez y totalización es el *holismo* del saber de fondo, que lo torna impenetrable pese a su aparente transparencia: el mundo de la vida como «espesura». En él están fundidos los componentes que sólo con las experiencias problematizadoras se escinden en diversas categorías de saber. En cualquier caso, es desde la atalaya del saber temático, es decir, desde la atalaya del saber diferenciado ya en hechos, normas y vivencias desde donde el analista del lenguaje, al menos cuando procede en términos de pragmática formal, vuelve su mirada hacia el mundo de la vida. Pues sólo el rebote que sufre esa mirada diferenciadora le permite concluir que en el saber de fondo las convicciones acerca de algo forman aleación con el fiarse de algo, con el sentirse afectado por algo, con el saber habérselas acerca de algo. La *trabazón* y *aleación* de supuestos de fondo, fiabilidades y familiaridades, estados de ánimo y habilidades constituyen formas previas y prerreflexivas o prefiguraciones de aquello que sólo tras la tematización en actos de habla *se ramifica* y cobra el significado de saber proposicional, de relación interpersonal ilocucionariamente establecida, o de intención del hablante.

Las tres características de inmediatez, de fuerza totalizadora y de estructura holística de este saber atemáticamente presupuesto quizá pueda explicar la paradójica función que el mundo de la vida cumple como fondo y suelo, la de oponer un dique al flujo de contingencias manteniendo empero el contacto con la experiencia. El mundo de la vida, a partir de garantías tomadas de la experiencia como único lugar de donde pueden tomarse, levanta un muro contra las sorpresas que a su vez provienen también de la experiencia. Si el saber del mundo o relativo al mundo (*Weltwissen*) se define porque es un saber que se adquiere a posteriori,

mientras que el saber del lenguaje o relativo al lenguaje (*Sprachwissen*), vistas las cosas con la relatividad que hace al caso, representa un saber a priori, entonces la paradoja puede que se funde en que en el trasfondo que es el mundo de la vida están integrados saber relativo al mundo y saber relativo al lenguaje.

Pues bien, es la fuerza problematizadora de las experiencias críticas la que separa en el mundo de la vida entre trasfondo y primer plano. Son las experiencias mismas las que se diferencian conforme a las formas prácticas de nuestro trato con aquello que nos sale al encuentro en el mundo: cosas y sucesos, personas e historias en que las personas se ven envueltas. El *mundo de los instrumentos* y los plexos pragmáticos de significatividades y remisiones se constituyen en nuestro trato manipulador con cosas y sucesos; el *mundo solidario* y los plexos históricos de sentido se forman en nuestro trato interactivo con las personas de referencia —el primero en el marco de plexos de cooperación, el segundo en el marco de comunidades lingüísticas—. Ontogenéticamente el mundo de experiencias de nuestro trato técnico-práctico con la naturaleza externa sólo se va separando poco a poco del de nuestro trato práctico-moral dentro de una sociedad. Las experiencias, finalmente, con nuestra naturaleza interna, con el cuerpo, con las necesidades y sentimientos son de tipo indirecto; *se reflejan* en las experiencias con el mundo externo. Cuando después tales experiencias se autonomizan en formas estéticas, las obras de arte autónomo cumplen el papel de objetos que nos abren los ojos, que provocan nuevas formas de ver las cosas, nuevas actitudes y nuevos modos de comportamiento. Las experiencias estéticas no se encuadran en formas de práctica; no están referidas a habilidades cognitivo-instrumentales y a ideas morales que se forman en los procesos de aprendizaje intramundano, antes están entretejidas con la función de constituir mundo, de abrir mundo, que posee el lenguaje.

La estructuración de la experiencia refleja la arquitectura del mundo de la vida en la medida en que va asociada con la estructura tricotómica de los actos de habla y con el saber de fondo constitutivo del mundo de la vida. Bien es verdad que estas estructuras generales del mundo de la vida sólo se nos muestran cuando mudamos de actitud metodológica. La terminología de «trasfondo», «primer plano» y «fragmento del mundo de la vida relevante para la situación» sólo puede tener sentido mientras mantengamos la perspectiva de un hablante, que trata de entenderse con otro sobre algo en el mundo y que a tal fin puede.

apoyar en esa masa de saber intersubjetivamente compartido, de saber atemático, la plausibilidad de la oferta que representa un acto de habla. El mundo de la vida sólo se nos torna presente *como un todo* cuando, por así decirlo, nos situamos a espaldas del actor y entendemos la acción comunicativa como elemento de un proceso circular en el que el agente ya no aparece como iniciador sino como producto de tradiciones en las que está, de grupos solidarios a que pertenece y de procesos de socialización y aprendizaje a los que está sujeto. Tras este primer paso objetivante la red de acciones comunicativas constituye el medio a través del cual se reproduce el mundo de la vida.

2. LA SOCIEDAD COMO MUNDO DE LA VIDA - SIMBÓLICAMENTE ESTRUCTURADO

Todo acto de habla, con que un hablante se entiende con otro sobre algo, sitúa a la expresión lingüística en tres relaciones con el mundo: en relaciones con el hablante, con el oyente y con el mundo de estados de cosas. Desde el punto de vista de la estructuración de interacciones nos ha ocupado sobre todo el segundo de estos tres aspectos: la relación interpersonal. Con sus actos de habla los participantes en la interacción emprenden operaciones de coordinación estableciendo relaciones interpersonales. Pero esto no lo consiguen satisfaciendo sólo a una de las funciones del lenguaje. Los actos de habla sirven en general a la coordinación de acciones porque hacen posible un acuerdo racionalmente motivado entre varios actores; y en ello están implicadas siempre también las otras dos funciones del lenguaje, la de exposición y la de expresión. El punto de vista de la coordinación de la acción se sitúa, por tanto, en un plano más abstracto que el del establecimiento de una determinada relación interpersonal que el actor pudiera directamente pretender. La coordinación de la acción sirve en general a la integración social de un mundo de la vida que los implicados comparten intersubjetivamente. Pero esta descripción presupone ya ese cambio de perspectiva metodológica que nos permite preguntarnos por la aportación que las acciones comunicativas hacen a la reproducción de un mundo de la vida. Tras haber efectuado metódicamente tal cambio de actitud, podemos hacer consideraciones similares en lo que hace al entendimiento sobre lo dicho, o en lo tocante a la socialización de las personas implicadas; también estos papeles los cumplen los

actos de habla en todas sus funciones. Bajo el aspecto de entendimiento, los actos de habla sirven a la transmisión y prosecución del saber cultural; bajo el aspecto de socialización, a la formación y mantenimiento de identidades personales.

Cabe representarse los componentes del mundo de la vida, a saber: los patrones culturales, los órdenes considerados legítimos y las estructuras de la personalidad, como condensaciones y sedimentos de tales procesos de *entendimiento*, de *coordinación de la acción* y de *socialización*, que discurren a través del medio que representa la acción comunicativa. Lo que de los recursos del trasfondo que es el mundo de la vida penetra en la acción comunicativa, pasa por las esclusas de la tematización y hace posible el dominio de situaciones, constituye el *stock* de un saber acreditado en la práctica comunicativa. Por las vías que representan los procesos de interpretación, éste se consolida en forma de patrones de interpretación que pueden transmitirse; se adensa en la red de interacción de los grupos sociales generando valores y normas, y por la vía de procesos de socialización se transforma en actitudes, competencias, formas de percepción e identidades. Los componentes del mundo de la vida resultan de, a la vez que mantienen, la continuidad que cobra el saber válido, la estabilización que experimentan las solidaridades grupales y la formación y educación de actores capaces de responder de sus actos. La red de la práctica comunicativa cotidiana se extiende sobre el campo semántico de los contenidos simbólicos, así como sobre las dimensiones del espacio social y del tiempo histórico, y constituye el medio a través del cual se forman y reproducen la cultura, la sociedad y las estructuras de la personalidad.

Llamo *cultura* al acervo de saber de donde se proveen de interpretaciones los participantes en la comunicación al entenderse entre sí sobre algo en el mundo. La *sociedad* consiste en órdenes considerados legítimos a través de los cuales los participantes en la comunicación regulan su pertenencia a grupos sociales y aseguran la solidaridad. Cuento *como estructuras de la personalidad* todos los motivos y competencias que capacitan a un sujeto para hablar y actuar y para asegurar en ello su propia identidad. Mientras que para los agentes que actúan comunicativamente la cultura constituye el cono de luz dentro del cual le salen al paso entidades que pueden ser expuestas y tratadas como esto o aquello, las normas y vivencias le salen al paso como algo en el mundo social o en el mundo subjetivo, a los que puede referirse en actitud de conformidad con las normas o en actitud

expresiva. Para prevenir un malentendido muy difundido, he de explicar ante todo por qué con el tránsito desde la acción comunicativa a la acción estratégica esta escena cambia ciertamente de golpe para los sujetos implicados, pero no para el científico social que emplea este concepto de mundo de la vida.

Si consideramos la sociedad en sentido lato como un mundo de la vida simbólicamente estructurado, no cabe duda de que la sociedad sólo se forma y reproduce a través de la acción comunicativa. Pero de ello no se sigue que, para el observador social, en los mundos de la vida constituidos de tal guisa no puedan presentarse interacciones estratégicas. Sólo que tales interacciones ocupan aquí una posición distinta que en Hobbes o en la teoría de los juegos. Pues estas teorías entienden la acción estratégica como mecanismo de generación de la sociedad entendida como un orden instrumental. En cambio, desde el punto de vista de la teoría de la comunicación las interacciones estratégicas sólo pueden aparecer dentro del horizonte de mundos de la vida ya constituidos por otra vía —y ello como alternativa ante el fracaso de las acciones comunicativas—. Las interacciones estratégicas ocupan, por así decir, a posteriori espacios sociales y tiempos históricos, es decir, fragmentos en las dimensiones propias de un mundo de la vida previamente constituido a través de la acción comunicativa. También quien actúa estratégicamente mantiene en cada caso a sus espaldas el trasfondo de su mundo de la vida y a la vista las instituciones o personas de su mundo de la vida —pero no sin una mudanza en la forma—. El trasfondo que el mundo de la vida representa queda peculiarmente neutralizado cuando se trata de dominar situaciones que han venido a caer bajo los imperativos de la acción orientada al éxito; ese trasfondo pierde la fuerza coordinadora de la acción que antes poseía en tanto que recurso garantizador del consenso. Y al igual que todos los demás elementos del mundo de la vida (que ahora deja de ser intersubjetivamente compartido), tampoco los demás participantes en la interacción aparecen de otra forma que como hechos sociales, como objetos sobre que el actor puede (llegado el caso con ayuda de efectos perlocucionarios) ejercer su influencia o mover a determinadas reacciones. Pues en la actitud objetivante que quien actúa estratégicamente adopta, ya no puede entenderse con ellos como con una segunda persona.

Para el observador científico pueden presentarse, pues, en el mundo de la vida que está analizando secuencias de acción (y a veces sistemas de acción) que no vienen integrados a través de

valores, normas y procesos de entendimiento, sino en todo caso a través de un recíproco ejercicio de influencias, por ejemplo por relaciones de mercado o relaciones de poder. Plantease entonces una cuestión empírica, la de si este planteamiento articulado en términos de mundo de la vida es más realista que un planteamiento de tipo hobbesiano. A primera vista hay no pocos elementos que así parecen confirmarlo. Pues también las relaciones de mercado y las relaciones de poder son normativas, vienen por lo general reguladas jurídicamente, es decir, quedan engastadas en un marco institucional. Incluso los enfrentamientos bélicos permanecen insertos en contextos normativos. Las guerras civiles, y sobre todo los genocidios, dejan tras de sí huellas de una conmoción moral que vienen a indicar que los mundos de la vida intersubjetivamente compartidos constituyen también base irrenunciable para las interacciones estratégicas.

Los componentes del mundo de la vida —cultura, sociedad y estructuras de la personalidad— constituyen plexos complejos de sentido, que comunican unos con otros, aun cuando quedan encarnados en sustratos distintos. El saber cultural queda materializado en formas simbólicas —en objetos de uso y tecnologías, en palabras y teorías, en libros y documentos no menos que en acciones—. La sociedad queda materializada en órdenes institucionales, en normas jurídicas o en entramados de prácticas y usos normativamente regulados. Finalmente, las estructuras de la personalidad quedan literalmente encarnadas en el sustrato que son los organismos humanos. Lo así encarnado son contenidos semánticos que también pueden licuarse y hacerse circular en la moneda que representa el lenguaje ordinario. En la plaza pública que es la práctica comunicativa cotidiana todo sentido viene a fundirse con todos los demás. Sin embargo, los distintos componentes del mundo de la vida son magnitudes diferenciadas; ontológicamente esto queda patente en los aspectos espacio-temporales de sus materializaciones.

Las tradiciones culturales se difunden allende los límites de los colectivos y las comunidades de lenguaje; y en su duración —de ello son las religiones universales el ejemplo más impresionante— no quedan ligadas a la identidad de sociedades o incluso de personas. Las sociedades a su vez ocupan un espacio mayor y fragmentos históricos más largos que las personas y sus biografías, pero tienen límites menos difusos y más estrictamente circunscritos que las tradiciones. Finalmente, las estructuras de la personalidad ligadas a sus sustratos orgánicos vienen rigurosa-

mente definidas en lo que a espacio y tiempo se refiere. A los individuos la cultura y la sociedad se les presentan ante todo en forma de una trama de generaciones que todo lo abarca.

Sin embargo, estos componentes del mundo de la vida no han de entenderse como sistemas que constituyesen entornos los unos para los otros; antes quedan *entrelazados* entre sí por el medio común que representa el lenguaje ordinario. Mientras de ese medio no se diferencien códigos especiales, cuales son el dinero y el poder administrativo, a través de los cuales de los componentes sociales del mundo de la vida se diferencien a su vez sistemas de acción funcionalmente especificados, el lenguaje ordinario, siempre multifuncional, pone coto a la diferenciación del mundo de la vida. Tampoco aquellos sistemas de acción que en buena medida se han especializado en las funciones de reproducción cultural (escuela) o de integración social (Derecho) o de socialización (familia) operan de forma enteramente separada. A través del código común que representa el lenguaje ordinario cumplen de paso, y de forma, por así decir, concomitante, las funciones en que están especializados cada uno de los otros, manteniendo así una referencia a la totalidad del mundo de la vida. El mundo de la vida en tanto que plexo de sentido simbólicamente estructurado, que opera y penetra a través de las distintas formas de materialización y funciones señaladas, se compone *cooriginariamente* de esos tres componentes *entrelazados entre sí*.

El concepto de mundo de la vida articulado en estos términos no sólo suministra una respuesta a la pregunta clásica de cómo es posible el orden social. Con la idea de tal entrelazamiento de los componentes del mundo de la vida ese concepto responde también a la otra pregunta de la teoría clásica de la sociedad por la relación entre individuo y sociedad. El mundo de la vida no constituye *entorno alguno* contra cuyos influjos contingentes hubiera de afirmarse el individuo. Individuo y sociedad no constituyen sistemas, cada uno de los cuales se encontrase al otro en su entorno y que como observadores hubieran de referirse externamente el uno al otro. Pero el mundo de la vida tampoco constituye una especie de *receptáculo* en que los individuos estuviesen incluidos como partes de un todo. La figura de pensamiento de la filosofía del sujeto fracasa en este aspecto no menos que la de la teoría de sistemas.

En la perspectiva de la filosofía del sujeto la sociedad se concibió como un todo compuesto de partes, ya se cifrase tal

sociedad en un Estado de ciudadanos políticos o en una asociación de productores libres asociados. El concepto de mundo de la vida rompe también con esta figura de pensamiento. Pues los sujetos socializados comunicativamente no serían sujetos sin la red de órdenes institucionales y sin las tradiciones de la sociedad y la cultura. Ciertamente que los sujetos que actúan comunicativamente *hacen* en cada caso *experiencia* de su mundo de la vida como un todo intersubjetivamente compartido que se mantiene en el trasfondo. Pero esa totalidad, que se les desharía entre las manos en el instante en que tratasen de tematizarla y objetivarla u objetualizarla, se compone de los motivos y competencias de los individuos socializados al igual que de lo que culturalmente se considera obvio y de solidaridades grupales. El mundo de la vida no viene ni más estructurado ni menos por tradiciones culturales y órdenes institucionales que por las identidades que resultan de los procesos de socialización. De ahí que el mundo de la vida no constituya una organización a la que perteneciesen los individuos como miembros, una asociación en la que los individuos se integraran, un colectivo que se compusiese de sus distintos socios particulares. Antes la práctica comunicativa cotidiana en que el mundo de la vida tiene su centro se nutre de la *cooperación* de reproducción cultural, integración social y socialización, cooperación que tiene a su vez sus raíces en esa práctica.

Los organismos sólo caen bajo la descripción de personas cuando y en la medida en que están socializados, es decir, quedan penetrados y estructurados por plexos de sentido culturales y sociales. Las personas son estructuras simbólicas, mientras que su sustrato natural reestructurado, en términos simbólicos cada uno lo vive ciertamente como su propia corporalidad, pero en tanto que naturaleza permanece a los individuos tan externo como la base material del mundo de la vida en conjunto. Mientras que la naturaleza interna y externa constituye para los individuos socializados y para su mundo de la vida límites externos, deslindes frente a un entorno, las personas permanecen entrelazadas con su cultura y sociedad de forma interna, es decir, a través de relaciones gramaticales.

Los contenidos culturalmente transmitidos son siempre potencialmente saber poseído por personas; sin la apropiación hermenéutica y prosecución del saber cultural por personas no se forma ni se mantiene tradición alguna. En este aspecto, las personas, con sus operaciones de interpretación, aportan algo a la cultura; pero ésta representa a su vez un recurso para las perso-

Correspondientemente, los órdenes normativos, ya se consoliden en instituciones, ya se queden en el aire como contextos pasajeros o efímeros, son siempre órdenes de relaciones interpersonales. Sólo a partir de las operaciones de coordinación de los sujetos que actúan comunicativamente se forman redes de interacción de grupos más o menos integrados, de grupos que se mantienen de forma más o menos solidaria. Pero de nuevo no sería adecuado describir a las personas como «portadores» de estas redes de interacción. De nuevo, la sociedad y el individuo se constituyen recíprocamente. Toda integración social de plexos de acción es al tiempo un proceso de socialización para los sujetos capaces de lenguaje y acción que en él se forman al igual que en él renuevan y estabilizan a la sociedad como totalidad de relaciones interpersonales a las que se considera legítimamente ordenadas (cfr. el diagrama pág. 105).

* Por la teoría del significado conocemos ya la interna conexión que se da entre significado y validez: entendemos el significado de un acto de habla si sabemos bajo qué condiciones puede aceptarse como válido. Las reglas semánticas fijan, por tanto, las condiciones de validez de las oraciones o actos de habla



posibles en un sistema de lenguaje. Con tales plexos de sentido el lenguaje abre a los miembros de un mundo de la vida un horizonte de acciones y experiencias posibles. El lenguaje, en su capacidad de abrir mundo, dice Heidegger, es el que permite que en el mundo nos topemos con algo como algo. Pero otra cuestión es si esas posibilidades lingüísticamente proyectadas, las posibilidades que el lenguaje abre, se *acreditan* también en el tratamiento de las situaciones intramundanas. El que las condiciones de validez semánticamente fijadas se cumplan fácticamente hasta el punto de que las posibles oraciones y actos de habla encuentren su lugar en juegos de lenguaje que funcionen, no depende sólo de la fuerza que el lenguaje tiene de abrir mundo, sino del éxito de la práctica intramundana, la cual viene ciertamente posibilitada por el sistema de lenguaje. A las innovaciones creadoras en la imagen lingüística del mundo, no se las debe hipostatizar, como hacen Heidegger o Foucault, convirtiéndolas en una historia de la ontología o en una historia de formas de saber, que, como tal historia, no resultase ya accesible al pensamiento argumentativo, o desarrollase una oscura lógica que burlase a éste. Cuando cambia el horizonte lingüístico de significado no sólo se mudan las *condiciones* de validez de los actos de habla; sino que la nueva precomprensión ha de acreditarse también en el trato con aquello que de hecho nos sale al paso dentro de ese horizonte desplazado. El espectro de pretensiones de validez inscrito en la acción comunicativa provee, por lo demás, a que la práctica intramundana quede retroalimentativamente conectada con procesos de aprendizaje. Las estructuras de la imagen del mundo que hacen posible la práctica intramundana mediante una comprensión previa del mundo, no sólo se renuevan en virtud de tal creación poética de significado; antes reaccionan a su vez a los procesos de aprendizaje posibilitados por ella, cuyos resultados se reflejan también en el cambio de las estructuras de la imagen del mundo.

Por otra parte, a las restricciones contingentes del entorno (que operan desde fuera y que se imponen en la presión que como problema ejercen las experiencias críticas) tampoco se las debe hipostatizar convirtiéndolas en un imperativo de autoafirmación de sistemas en entornos supercomplejos que todo lo dominase. El funcionalismo sistémico autonomiza de esta guisa un aspecto, que como tal, es decir, como aspecto, es, sin embargo, legítimo. Bajo su aspecto sistémico, las sociedades se nos presentan por el lado de aquello que Marx, metafóricamente, llamó metabolismo entre la sociedad y la naturaleza externa.

El rasgo constitutivo en la formación de un sistema es la diferenciación entre una perspectiva interna y una perspectiva externa, atribuyéndose al sistema como operación específica la capacidad de mantener la diferencia sistema-entorno. Pero tal atribución no debe hacerse desde la perspectiva de un observador que impusiese o encasquetase también al mundo de la vida un modelo sistémico. Cuando al mundo de la vida, al que se ha empezado tornando accesible hermenéuticamente, es decir, desde la perspectiva del participante, y al que en términos reconstructivos se ha aprehendido en sus estructuras generales, no hay más remedio que volver a objetivarlo una vez más bajo el aspecto de un sistema que mantiene sus límites, ello no debe hacerse procediendo a tirar por la borda los resultados sociológicos del análisis del mundo de la vida. Para evitar una confusión entre paradigmas he tratado en otro lugar (*Teoría de la Acción Comunicativa*, t. 2) de asociar la teoría de la acción con los conceptos básicos de la teoría de sistemas valiéndome como hilo conductor del par conceptual integración social *versus* integración sistémica. Entonces, cabe también explicar por qué los elementos sistémicos sólo se forman como resultado de procesos históricos. Pues sólo con los subsistemas regidos por medios inmigra *al interior* de la sociedad misma esa dinámica del deslinde frente a entornos complejos que es nota del carácter sistémico de la sociedad en conjunto.